

-editorial-

Individualización patológica en tiempos neoliberales

“La economía es el método, el objetivos es cambiar el alma y el corazón”
 Margaret Thatcher

En el tránsito entre siglos, Richard Sennet publicó la que es, sin duda, una obra clave para la economía, la sociología, la antropología y la psicología contemporánea, “The Corrosion of Character: The personal consequences of workin the new capitalism (Sennet, 1998). A través de relatos de vida (ejecutivos de IBM, trabajadores de una empresa panificadora...) explora los profundos cambios que la actual concepción del trabajo impone sobre el “vínculo” y su pérdida, la deconstrucción del “nosotros”, el sentimiento de “comunidad” o la disociación entre “individuo” y “persona” con la consiguiente “corrosión del carácter”.

En los cambiantes, transitorios e inseguros nuevos escenarios laborales (y en consecuencia educativos, pues nunca como ahora la enseñanza ha estado casi exclusivamente en función de los intereses del mercado) en los que se refuerza el “somos lo que hacemos”, la construcción de la identidad personal se ve abocada a la pérdida de permanencia, compromiso, confianza en los otros o integridad, valores estos en alarmante descotización. El declinar y debilitamiento de instituciones paradigmáticas de la construcción social como la escolar, no hace más que favorecer y evidenciar el profundo proceso de individualización, no personalización y psicologización problemática del sujeto.

El pensamiento neoliberal, con una clara impronta cultural, discursiva, pragmática e ideológica sobre cuestiones como la subjetividad y construcción del “yo”, los vínculos sociales o los objetivos y finalidades del desarrollo personal, en definitiva sobre la construcción de la personalidad, acaba reduciendo los problemas sociales a meros problemas psicológicos individuales. Es el sujeto en su individualidad, desde el punto de vista psicosociológico, pero esencialmente económico, productivo y de consumo, quien define y asume las necesidades y conflictos de su entorno como estrictamente individuales. La sociabilidad del individuo deja de ser entendida como resultado de las situaciones (escolares, familiares, de ocio..., o sea sociales) y de los escenarios de interacción y construcción mediada por otros.

Presentadas en el imaginario colectivo como verdades absolutas, como procesos inevitables e irreversibles, las condiciones de nuestras acciones, los valores por los que hay que luchar o sacrificarse pasan por comprar para poder ser y crecer, por competir y ser el primero. El que consigue el éxito lo ha conseguido por sus propios méritos, se ha

forjado a si mismo, es libre para hacer y ser. Ronaldo o las hermanas Kardashian constituyen los estereotipos de una nueva subjetividad, donde la lógica del mercado y el consumo acontecen la lógica normativa generalizada. La persona se cosifica y los sujetos establecen una relación con ellos mismos, concibiéndose como capital humano – empresa y mercancía- que tiene que incrementarse indefinidamente.

En estos parámetros de posesión del objeto como sustitutivo relacional, del goce inmediato y de la satisfacción rápida y plausible de las pulsiones emocionales, la distancia entre el mundo de los adultos regido por la racionalidad neoliberal y la niñez y la adolescencia se está finiquitando. El estrés, el sentimiento de vacío o la depresión adulta forman parte ahora de la cotidianidad utilitarista, competitiva y productiva de los más jóvenes, vivida en la escuela, en el hogar o en las múltiples actividades en las que acaban siendo sometidos. Consumidores hiperactivados e hiperestimulados, la descentración y la desregularización tiñen a menudo sus quehaceres.

Ante las necesidades de ayuda o las muestras de malestar personal, desde la lógica de la racionalidad neoliberal se impone analizar, clasificar y patologizar el desbarajuste en los procesos de construcción de la persona. La descentración se convierte en objeto de un amplio dispositivo de prácticas tecno-médicas empresariales y de estandarización estadística. El papel de las instituciones educativas, sociales, de salud..., es fundamental. El modelo biomédico de individualización se impone. El arquetipo del niño enfermo y trastornado susceptible de tratamiento farmacológico y terapéutico, resuelve muchas de las angustias que podrían tener respuesta con el acompañamiento y ayuda educativa en los contextos de aprendizaje y crecimiento. A pesar de las indicaciones de la Agencia de Calidad Sanitaria de Catalunya, publicadas en 2017, el sobrediagnóstico y la sobremedicación se mantienen en la práctica de los profesionales de la psicopedagogía, la pediatría o la psiquiatría.

El fracaso mientras se aprende, el error constructivo, el juego, la diferencia, la construcción subjetiva que necesita tiempo y experimentación, propios del desarrollo y el aprendizaje de la persona, no tienen cabida en el mundo de la competencia y la productividad evaluativa a la que están sometidos niños y jóvenes.

Cómo señala Ferrater Mora, “si la persona no se trascendiera, en efecto, continuamente a sí misma, quedaría siempre dentro de los límites de la individualidad psicofísica y, en último término, acabaría nuevamente inmersa en la realidad impersonal de las cosas” (Ferrater Mora, 2001). Seguramente, tanto a los profesionales que intervenimos en el desarrollo personal y social de los sujetos como a la administración educativa, nos es necesario considerar que la trascendencia no es un concepto abstracto, sino un constante hacerse, es la concepción de que el sujeto está por construir conjuntamente con otros.

Joan Serra Capallera

Director de ÀÀF Ámbitos de Psicopedagogía y Orientación